

Guillermo Feliú Cruz

Pérez Rosales

(Apuntes)

No fué el autor de los *Recuerdos del Pasado* un escritor de profesión. No hizo de las letras una carrera al modo de muchos de sus contemporáneos de la mitad del siglo XIX, como Blanco Cuartín, los Arteaga Alemparte, Vicuña Mackenna, Amunátegui, Lastarria, Barros Arana y tantos otros. En cambio, tuvo, con rara acentuación, las características del escritor de raza. Con ello queremos decir que en Pérez Rosales estaban todas aquellas condiciones que forman al verdadero hombre de pluma. Fué escritor por instinto. Lo que había en él de natural, de vocación psicológica, fué cultivado en el tiempo al lado de grandes maestros. Tuvo una educación literaria de las mejores. Sólida, excesivamente sólida. En París, en sus días juveniles, fué alumno aventajado de Leandro Fernández de Moratín, el representante intransigente de la escuela neoclásica española. «No he conocido literato más apegado a la pureza del idioma, ni más estricto observador de las leyes de la escuela clásica,» dice al recordar sus enseñanzas en sus memorias. «Con nadie transigía en estos dos puntos capitales, y al último, ni con él mismo, pues degenerando esto ya en manía, dió en la de corregir y borrar cuanto había escrito hasta aquella época... (1)». «Moratín

(1) *Recuerdos del Pasado*, Biblioteca de Escritores de Chile, pp. 87-88.

tenía que hacer con mi modo americano de pronunciar—continúa el memorialista;—dejábame en lo mejor lelo, con alguna inspirada sonrisa y con este inexorable estribillo: «estudia, chico, estudia, que no siempre el olor a piña de tus palabras hace pasar disparates.» Tres ocasiones le llevé mis primeros ensayos literarios para que me diese su parecer sobre ellos, y otras tantas, después de habérmelos hecho leer, colocó silencioso el escrito dentro de un sobre, le lacró, y escribió sobre él estas palabras: «Te prohíbo que corrijas el borrador de este escrito. Dentro de seis meses volverás a leerle y tu mismo parecer entonces será lo que ahora el mío.»

¡Gran maestro el que así procedía! A él debió Pérez Rosales su largo y acabado conocimiento del idioma. Pero no tuvo de Fernández de Moratín ni el riguroso exceso ni la rígida gramatiquería. Sin embargo, el manejo admirable de la gramática de que hizo gala Pérez Rosales en sus escritos, en los cuales hay desenfado y oportuna libertad, provenía de la enseñanza del hablante español. El chileno supo contenerse en un límite ecléctico, mesurado, intermedio de la severidad clásica y del romanticismo licencioso. La rica lexicografía de su prosa es otra prueba de la solidez de sus estudios literarios. Bajo la férula de los que fueron sus profesores en el Colegio español de París, pudo saturarse con la lectura y el estudio paciente de los mejores maestros del idioma castellano. Leyó los clásicos con rara avidez. Pero fué su inteligencia la que pudo descubrir en ellos las riquezas del buen decir, la elegancia en la expresión, la corrección castiza de la forma y la frase cortada en un período menos extenso que la española y que es, sin duda, de un estilo francés. ¿Quiénes fueron, entre tanto, los maestros de su juventud parisiense? Uno de sus biógrafos nos lo dirá: «Don Manuel Silvela,—apunta don Luis Montt—español de los que se llamaron afrancesados, acogido a los dominios del Borbón de Francia, huyendo del despotismo del Borbón de la Península, había abierto un colegio a cuyas aulas fueron a incorporarse el joven Pérez Rosales y sus compañeros. Silvela había esparcido profusamente por todos los países de habla española el prospecto de su establecimiento, y a él acudieron a formar como una colonia estudiantil en el centro de la Europa, jóvenes peninsulares, chilenos, argentinos, peruanos, colombianos, etc. A los ramos y al sistema de enseñanza, todo bien diverso por cierto de lo que acá se usaba, uníase la calidad del personal

de cada uno de los profesores que hacían de aquel centro, más que un aula, una academia; daban ahí sus lecciones Maury, poeta tan elegante en español como en francés, a cuya lengua tradujo muchos poetas castellanos; Pinheiro Ferreira, tratadista de derecho internacional; Vallejo, cuyos textos de matemáticas han pasado por magistrales; Moratín, de quien puede decirse que fué el último clásico de España; y el mismo Silvela, jurisconsulto y literato de gusto a quien se debe una antología de literatura española, en su tiempo muy leída. Para completar la educación que de tales maestros se recibía, estaba el gran teatro de Francia, y París, el centro de la Europa, que luego con una violenta sacudida iba a dar en tierra con la reacción absolutista, un momento triunfante, para restaurar en su curso las nuevas ideas (2).»

Pérez Rosales ha recordado en sus memorias este período afortunado de su formación intelectual. Pero lo ha hecho reservando la verdadera expresión de sus resultados, acaso para no aparecer en una actitud vanidosa que no estaba en su carácter ni en su espíritu sencillo, franco y nada dado a la exaltación de sus merecimientos. Leyendo, por ejemplo, las páginas que ha consagrado a establecer los beneficios de la ilustración suya y de sus compañeros en el Colegio parisino, la impresión nos es del todo desfavorable. De seguirlo en sus asertos, las conclusiones serían negativas. ¿Los pensó y los escribió así como un recurso literario? Nosotros sabemos que no hay sinceridad en esas declaraciones. Las vamos a reproducir aquí para establecer, con otras opiniones suyas, anteriores y posteriores a la publicación de los *Recuerdos del Pasado*, la influencia que sobre su inteligencia ejercieron en la ciudad parisina sus profesores españoles. «De toda aquella dorada juventud chilena que en pos de la instrucción cruzó los mares —(en 1825)—hasta llegar a la envidiada Europa, ¿qué nos queda?, se interrogará. Sólo recuerdos de infructuosos afanes y tres testigos presenciales del general malogro: don Rafael Larraín Moxó, don Domingo José de Toro y la mano debilitada que estos renglones traza.» Y luego, consecuentemente, nos dice: «Mal camino seguirán siempre los padres de familia que, sin dar primero a sus hijos la instrucción elemental, les separan de su lado y de su patria para que vayan a estudiar

(2). Luis Montt, Prólogo a los *Recuerdos del Pasado*, Biblioteca de Escritores de Chile, pp. IX-X.

a Europa, en perverso francés o mal inglés, aquello que pueden aprender en Chile en correcto castellano. Sólo debe pasar a Europa el joven ya formado que, habiendo adquirido en las aulas patrias cuánto en ellas puede aprenderse, desea perfeccionar sus conocimientos profesionales, o aquellos otros que caracterizan al hombre de mundo y que sólo pueden adquirirse en el roce ordinario que motivan los viajes entre todo linaje de gentes, en el prolijo estudio de las costumbres y en el inmediato contacto con los hijos de las naciones más cultas del Viejo Mundo.»

Las finalidades de la enseñanza recibida, Pérez Rosales las caracterizará así: «Volvimos, pues, los que allá fuimos con poco más que el triste alfabeto por aprendizaje, sin siquiera poder decir cuando llegamos, que sabíamos tanto o cuanto encontramos que sabían, sin salir de Chile, aquellos mismos que suspiraron por no podernos seguir. Pero, para ser justos, es preciso confesar que en aquello de superfluidades, de *gabachismos* y de meter en todo *ex-cathedra* la mano, nadie hasta ahora nos ha podido aventajar (3).»

Exageraba la nota el escritor. Con él no comulgaban tales observaciones. Habíase educado en uno de los mejores colegios coloniales. El rango y la distinción social de su familia, una de las de más elevado coturno de la capital santiaguina, brillaban con más relieve que las de las otras familias patricias por el nivel intelectual de ilustración y de cultura que difícilmente alcanzaron aquéllas. El viejo Juan Enrique Rosales, el abuelo materno del escritor, ¿no era un hombre que a hurtadillas leía las obras de los enciclopedistas? Su otro abuelo, el paterno, ¿no llegó a caracterizarse por una constante curiosidad intelectual, que le permitió dejar su nombre como uno de los últimos cronistas coloniales en el desenvolvimiento de la historiografía nacional? Estos antecedentes de cultura, de ilustración, sobre todo, no se perdieron en esa generación. Prolongáronse en la siguiente de tal modo que el padre de Pérez Rosales, don José Joaquín Pérez y Salas, hombre culto, poseedor de la ilustración máxima que los colegios de la capital podían entonces proporcionar, según el estado de la educación española—que no era otra cosa la nuestra que un reflejo de ésta—no obstante haber fallecido muy joven de una incruenta

(3) Pérez Rosales, *Recuerdos del Pasado*, edición citada, pp. 73.

tuberculosis, poseía la ilustración más esmerada que era dable proporcionar a la alta aristocracia colonial. Leía y hablaba el francés, pero no llegó a graduarse en la Universidad de San Felipe. Más sorprendente debe parecernos el caso de la madre del autor de los *Recuerdos del Pasado*. Y ello por el afán que la generación siguiente, o la de la época de la independencia, o de sus contemporáneos, que sufrieron las consecuencias de la lucha y de las persecuciones españolas, pusieron en desvirtuar y aminorar cuanto tuviese relación con la Península. Doña Mercedes Rosales y Larraín, que unía en sus dos apellidos la más acentuada distinción aristocrática y que pertenecía a la *casa otomana* o de los *ochocientos* como se llamaba a los miembros de la familia del segundo de estos apellidos, pareció, por un extraordinario sino, juntar a la belleza encantadora de un rostro y a la gracia y el desplante de un hermoso cuerpo, una inteligencia ardiente, una imaginación fecunda, realzadas por una exquisita cultura intelectual. De ella, de la señora Rosales y Larraín, dijo el barón de Mackan, comandante de la fragata de guerra francesa *Clorinda*, que «en la corte de París esa deliciosa señora por su belleza física y espiritual y también por los rasgos felices de su extraordinaria inteligencia y por lo vasto de su ilustración, muy superior a la mayoría de las mujeres europeas, podría hacer el papel más señalado, distinguido y notable compatible con el rol de una mujer». Los Contra Almirantes Jurién de la Gravière y Rosamel Ducamper extremaron el elogio de la dama. Del primero es este juicio: «No me parecía posible encontrar en un país como Chile mujeres de la sociedad tan distinguidas. Aparte de la belleza de éstas, en ilustración nada tienen que envidiar a las francesas. La señora Rosales Larraín de del Solar, en cualquier salón de París llamaría la atención por su inteligencia y cultura.» Y del segundo este otro: «Le pregunté si sus estudios los había hecho en Europa, porque no podía comprender un grado tal de preparación en materias literarias y científicas, que dominaba admirablemente. Me respondió que su educación había sido la corriente que se daba a las niñas de sociedad en las escuelas de los conventos de monjas; pero que ella debía a sus padres el conocimiento de los idiomas francés e inglés, que habla correctamente, y que sentía por la lectura una pasión que la llevaba a descuidar a veces sus deberes domésticos.» Casos como éste no son raros en la alta sociedad colonial. Testimonios de esa naturaleza abundan en fuentes insospecha-

bles, imparciales, ajenas a todo móvil de encomio o de pasión. Los viajeros, con sus libros de memorias, forman esas fuentes. Las queremos recordar de paso. María Graham se refiere en su *Diario*, con vehemente exaltación, no sólo a la imponderable belleza de doña Javiera Carrera, sino también a la cultura de su espíritu. Federico Walpole, que viajó por Chile entre los años de 1844 a 1848, que conoció a muchas de las damas que sobrevivían todavía a la época del coloniaje, admira la ilustración de éstas, y declara que esas señoras, en general, poseen una ilustración más segura que las niñas que entonces eran sus nietas. Peter Schmidmeyer, que estuvo en Santiago entre los años 1820 y 1821, extrañase de la rara inteligencia de la mujer chilena que ha sabido aprovechar esa facultad para ilustrarse en forma halagadora. Frézier, viajero de los días coloniales, quedó sorprendido de la cultura intelectual de la mujer chilena en el ambiente ingrato en que florecía la instrucción. La misma María Graham se impresionó fuertemente con los vastos conocimientos de literatura francesa de doña Mercedes Solar, que hablaba aquella lengua con soltura y perfección. Como era incipiente la enseñanza que recibía la mujer chilena de la sociedad en los monasterios de monjas—las agustinas fueron las grandes institutrices de la colonia,—en el hogar esa enseñanza se continuaba desarrollando merced a profesoras que ampliaban la recibida en las aulas. «La gente acomodada—ha escrito un historiador que no puede ser tachado de defensor del régimen colonial—llamaba profesores a sus casas para la educación de la familia. Esos profesores prestaban a veces generosamente este servicio, aún cuando su situación no fuera muy holgada (4).»

Tal fué el ambiente de la educación de Pérez Rosales. Su hogar constituía en los últimos días del coloniaje y en los primeros que siguieron a la formación de la república, el centro, por decirlo así, de la cultura y de la inteligencia. El mismo don Santiago Felipe del Solar, segundo marido de la madre de Pérez Rosales, acaudalado comerciante, era uno de los hombres más bien dotados intelectualmente de su tiempo. Dominaba el francés y el inglés y era dueño de una ilustración muy superior. Cuando se habla del estado de la cultura en Chile y en América al finalizar el siglo XVIII, o más propiamente en cualquier época, hay un consenso unánime para renegar

(4) Augusto Orrego Luco, *Historia de la Patria Vieja*.—M. S.

de la obra de España. Los odios han podido más que la reflexión, y el sentimiento anti-español ha prevalecido a través de un siglo repitiendo con rara pertinacia un hecho que no es cierto. La enseñanza en Chile ni estaba en la deplorable decadencia con que la ha pintado el liberalismo de nuestros historiadores del siglo XIX ni había llegado a ese grado de superioridad que se complace en hacer resaltar la escuela conservadora. Hay un término medio entre esas dos opiniones extremas y que es, naturalmente, el verdadero. No era ni muy mala ni muy buena. Estaba a la altura de lo que era el país, respondía al medio en que se desenvolvía, satisfacía las exigencias sociales e intelectuales de los que llegaban hasta las aulas. ¿Era mejor esa enseñanza en España? ¿Los métodos no eran los mismos en Francia? Es cierto, sin embargo, que el profesorado que los aplicaba no tenía el genio creador de los maestros franceses. Pero en nuestro caso no era necesario crear nada ni siquiera aplicar esos métodos en el sentido de derivar una enseñanza. Bastaba con practicarlos, nada más. El liberalismo político, criterio con que se ha escrito nuestra historia para encontrar en él la condenación más absoluta de la enseñanza colonial, se refiere siempre al carácter religioso y teológico de esa enseñanza. En ese doble aspecto ha querido encontrar sus más acentuados defectos, sus peores condiciones pedagógicas. No puede negarse que la enseñanza religiosa deprime el espíritu del hombre y resta franqueza y espontaneidad al corazón. Pero no es este el caso ciertamente. Toda la enseñanza europea, aún en los comienzos del siglo XIX, ¿no estaba asentada sobre una base férreamente teológica y eclesiástica? En Francia la renovación comenzó con el impulso de la Revolución y de la epopeya napoleónica, que creó un tipo de universidad propia. Pero en España hacia la misma época la tradición en la enseñanza superior apenas si había cambiado. Y algo hizo para modernizarla el esfuerzo de Godoy, dictador ilustrado a quien debe esa nación una vigorosa campaña en beneficio de las letras, de las ciencias, de las artes y de la pedagogía. El tipo de universidad pontificia, a pesar de todo, conservó su imperio. Los métodos anticuados del peripato, de las doctrinas aristotélicas, de Santo Tomás y de los sagrados cánones, etc., dominaban totalmente. Esa enseñanza tenía naturalmente gravísimos defectos, mas no eran ellos tantos que condujeran a la enervación del espíritu. En todo caso, en algunas almas superiores ella despertó la curiosidad del

saber, y eso ya era mucho. Los historiadores americanos del siglo XIX, casi todos formados en el enciclopedismo del siglo XVIII, de cuya formación intelectual derivaban, e influídos por la escuela romántica, sólo quisieron ver los males de la enseñanza española en el nuevo continente. Juzgaban con criterio político, en el que por mucho entraba el odio que la lucha de la independencia, distante sólo una generación de ellos, había dejado en sus espíritus. Carecieron del sentido de las proporciones. ¿Cómo querían para las colonias americanas una enseñanza mejor que la que se daba en los colegios y en las Universidades españolas? En América, ¿era realmente tan deplorable ésta como con caracteres tan siniestros la han pintado? La cuestión nos parece que no es esa. Es esta otra: comparativamente esa enseñanza ¿era mejor en España o en las colonias de los países americanos? He ahí la cuestión. Sin duda la de México superaba, en algunos aspectos, a la de la Península.

Chile no estaba tan desposeído de las luces de la inteligencia como ha querido presentársele. Es sencillo comprobarlo. En Santiago los conventos de frailes mantenían escuelas de primeras letras. Las monjas hacían otro tanto. El Cabildo de la Capital, por otra parte, sostenía dos. Algunos particulares llegaron a abrir colegios privados, y Talavera, el primer cronista de nuestra independencia, regentó uno de éstos. Al antiguo Convictorio de San Francisco Javier, de los jesuitas, sucedió después de la expulsión de la orden, en 1767, el Colegio Carolino. Llegó a contar con ochenta alumnos y allí se enseñaban gramática latina, filosofía, teología y leyes. Sus primeros maestros, casi todos miembros del clero secular, concluyeron siendo profesores laicos. Con un espíritu diverso al de aquel establecimiento, don Manuel de Salas fundó la Academia de San Luis para difundir la enseñanza industrial y comercial. En provincias—en los partidos, como entonces se decía—pasaba igual cosa que en Santiago: los conventos tenían escuelas, los Cabildos amparaban otras, y en Concepción existía el célebre seminario de este nombre, especie de escuela universitaria. La enseñanza superior al terminar el siglo XVIII se encontraba mucho más adelantada que en las otras colonias españolas. A sus aulas concurren alumnos del Virreynato del Perú, del del Plata y de la Audiencia de Charcas. Los cursos eran más completos en la nuestra y la enseñanza mejor. Desde 1758 comenzaron a funcionar regularmente diez cáte-

dras, y once años más tarde la de Prima de Medicina. De los alumnos forasteros que pasaron por los claustros de la universidad santiaguina hubo algunos que alcanzaron renombre en los días de la independencia de América. Entre estos debemos citar a Antonio Alvarez Jonte, Felipe Arana, Manuel Calle, Narciso Laprida, Luis Bartolomé Tollo y Bernardo Vera y Pintado (5).

No hay duda que a Pérez Rosales un vivo sentimiento anti-español, respetable en él por las persecuciones que sufrieron los suyos en los días de la Reconquista, le llevó a negar la obra civilizadora de España no ya en Chile sino en la América toda. Al mismo tiempo que ese estado de ánimo preconcebido contra la península y los peninsulares, trabajaron su espíritu las diatribas corrientes en Francia, en Inglaterra y hasta en Alemania contra el genio castellano. La leyenda negra estaba en su apogeo. La impulsaban el liberalismo jacobino, el romanticismo y el odio religioso. Así se explica que sus ideas en la vejez, en una vejez razonadora y escéptica, se mantuvieran tan firmes y no viera cuántos errores cabían en el sectarismo de las filas liberales. Así también se explica que en los *Recuerdos del Pasado*, con el pulso tembloroso por los años haya escrito estas palabras al describir la situación del país a poco de su emancipación: «Dedúcese fácilmente —ha dicho— lo que debieron ser en 1810 la ilustración, las tendencias y las aspiraciones de esta pequeña y aislada sección del género humano, donde predominaba en la nobleza, casi siempre comprada, el *Plata te dé Dios, hijo, que el saber poco te vale*; en las aulas el antiguo ergoteo; en el comercio los privilegios peninsulares; en el suelo a medio elaborar sobrados productos alimenticios; en el pueblo, aquello de *Después de Dios el Rey y después del Rey el amo*; en el indígena la lanza y el saqueo y en muy contadas personas el deseo de instruirse, devorando a hurto los pocos libros científicos, políticos o industriales que el contrabando o el acaso, siempre peligroso, ponía en sus manos (6).»

He aquí, con estas frases, deformada por el escritor la visión del pasado, exagerada la realidad del hecho y contradictorio por el mismo Pérez Rosales el juicio verdadero de la aspi-

(5) Medina, *Historia de la Universidad de San Felipe*, tomo I.—Apéndice. Santiago, 1928.

(6) *Recuerdos del Pasado*. Edición de la Biblioteca de Escritores de Chile, pp. 65.

ración de los que fueron sus progenitores. Quisieron para él una educación y una cultura que no rezaba ciertamente con el adagio que ha puesto en el pensamiento de la clase ilustrada colonial: *plata de dé Dios, hijo, que el saber nada te vale*. De haber sido así, no le habrían proporcionado la ocasión de un viaje a Europa que debía abrirle grandes horizontes intelectuales y morales ni conseguídole una colocación en el mejor colegio español de París. En el simple propósito de sus padres, como en el de otros tantos que así pensaron al querer para sus hijos una mejor educación, ¿no se vé ya la sensación del estímulo a la inteligencia? ¿No se percibe la intuición de un mejoramiento espiritual? En Pérez Rosales puede más, sin embargo, el sentimiento de la pasión anti-española, anti-colonial, mejor dicho, que lo lleva a pensar en esa forma y a negarle a sus propios padres una condición que los honra: la preocupación por la formación de su cultura. Entre la opinión de los *Recuerdos del Pasado* que acabamos de recordar y la que se expresa en una carta a Luis Montt, de carácter autobiográfico, se establece una profunda diferencia. «Al salir de Chile para Francia—le dirá—mi ilustración era casi completa. Me habían educado en el mejor colegio de Santiago y esta educación se había perfeccionado con las lecciones particulares o privadas que don Felipe Santiago del Solar, el segundo esposo de mi madre, pidió me dieran los mejores maestros de entonces. No sentí jamás afición a una carrera; lo muy inquieto de mi genio no se avenía con ninguna; pero del colegio salí balbuciendo el francés como para hablarlo y leerlo con mediana desenvoltura. Su perfección la alcancé de mi madre como la del inglés debida a un maestro privado. El primer libro que leí en este idioma fué uno de Johnston, que aún conservo.

«De todos los jóvenes que fuimos a París, era yo quien los aventajaba en luces, en literatura y general ilustración, y no crea Ud. que se lo digo esto por parecer presuntuoso, cominillo éste que nunca ha entrado en mí. Era así la realidad. Me habían educado con una severidad que no era ciertamente la corriente, pero que ella sola era capaz de dar buenos frutos. ¿Por qué me enviaron a Europa? Por tres razones y entre ellas hay una que se vincula con mi carácter díscolo, poco disciplinado y que mis padres creían con firmeza que las ingratitudes de un viaje y la ausencia de los míos, podría mejorar dotándolo de una seriedad que no ha estado nunca en mi genio franco, resuelto, gran amigo de la vagancia y de esas

cosas ignotas y de las aventuras misteriosas. Las otras dos razones podría resumirlas así: mi buena ilustración y mi gran afición a las ciencias exactas. Siempre creyeron mis mayores que de mí podía obtenerse un matemático, un ingeniero, un agrimensor siquiera (7).»

Ni el peripato ni el ergoteo fueron la base única de la formación intelectual de Pérez Rosales en las aulas coloniales. El mismo lo reconoce. Y es un año antes de la publicación de sus célebres memorias, que vieron la luz por primera vez en 1882, cuando hace tal declaración. ¿Cómo entonces explicarnos esta diferencia tan fundamental de juicio? Abordamos aquí un problema de psicología. Hay sin duda, un olvido de anciano, un extravío de la pasión. Tenemos antecedentes para afirmar que los *Recuerdos del Pasado* estaban escritos mucho antes de 1882. Tal vez fueron redactados, en la forma que ahora los conocemos, en 1875. Cuando le escribía a Montt, ¿qué sentimiento lo agitaba? Entonces era sincero. En las memorias lo traicionó la pasión anti-española. Ya hemos dicho,—y él lo ha pintado con pluma maestra—los dolores que sufrió su familia en los días crueles de la Reconquista: los suyos fueron vejados, encarcelados, desterrados, humillados en el rango de su posición, esquilados en su hacienda. Su hogar sufrió lágrimas, amarguras, desencantos, odios que llegaron hasta concupiscencia. No podía olvidar ese instante trágico de su existencia adolescente y de la primera juventud. ¿Nos explicará ésto su declaración?

¿Había algo de andaluz en este hombre? Parece sumarse, por los antecedentes de su genio, a los de esa región encantadora. Se llamará él mismo, como ya se ha visto, un «carácter díscolo, poco disciplinado», sin ninguna «seriedad» (1), un genio franco, resuelto, gran amigo de la vagancia y de cosas ignotas y de las aventuras misteriosas.» Aunque no sean precisamente estas las cualidades que informan la psicología andaluza, de Pérez Rosales fluyen las características que distinguen a ese pueblo. Sus páginas están llenas de luz, de una luz clara y limpia. Las alumbraba un sol de alegría. Aflora siempre en ellas una imaginación ardiente. El personaje era también así. Le distin-

(7) Carta a don Luis Montt, sin fecha. Santiago. Debe ser de 1881.

(1) Entiéndase: falta de seriedad que no deforma los rasgos morales del caballero en el sentido de honradez. Se refiere a la bulliciosa algarazara del espíritu.

guían el gracejo de pura cepa española, la verba chispeante. Sus contemporáneos le apodaron «el ingenioso Pérez». Pero aquí el concepto no se refería, como en otros casos, a la laboriosidad de su temperamento ni a su extraordinario poder organizador de empresas de que dió tantas muestras en las andanzas de su larga vida. Le llamaron así por el desenfado de su palabra, por lo brillante de sus expresiones, por la amable seducción que ejercía su lenguaje salpicado de *impromptus*. Sin embargo, racialmente, nada está más distante de Pérez Rosales que el alma andaluza. No tiene nada de ella. En su ascendencia se cuenta un cronista de las postrimerías del período colonial. José Pérez García—el abuelo paterno—autor de una *Historia general, natural, militar y sagrada del Reino de Chile*, era oriundo de la villa de Colindres, «situada a pocas leguas al oriente de Santander, y en el antiguo señorío de Vizcaya», escribe Barros Arana. Las brisas del mar embravecido de los cántabros más de una vez refrescaron su cabeza vasca, ordenada, laboriosa y tenazmente circumspecta. Y las aguas agitadas, convulsas, en lucha perenne con los grandes farellones costinos, no fueron capaces de despertar en aquel tipo de español sólidamente organizado, ni siquiera una emoción. Pocos hombres han escrito más mal en Chile que este Pérez García. Desprovisto de imaginación, sin el menor sentido del arte literario, sin brillo, sin color, sin ninguna expresión emotiva, no tiene el frescor primitivo, candoroso o apasionado, que muestran nuestros primeros cronistas. Un Góngora Marmolejo, por ejemplo. Su mérito es puramente erudito, documental, como fuente seria y concienzuda de investigador paciente, original.

Tal ascendiente de Pérez Rosales nos sirve, con todo, como un hilo, para anudar su vocación por las letras. Pero no nos dirá nada del colorido de la prosa del nieto, de la elegancia de su forma ni del ameno narrador que hay en él. La explicación de su carácter tampoco la encontraremos en sus otros antepasados, algunos vascos, otros castellanos. Los Larraín demostrarán cierto eugenismo político bastante desarrollado, un espíritu de familia fuerte y resistente, pero en ninguno afloró la vena intelectual de un modo notorio. Los Salas ya eran otra cosa. La persistencia de la sangre hebraica que había en ellos formó un cerebro lleno de capacidad intelectual, cuyo poder de asimilación es asombroso. Quizá el organizador que hay en Pérez Rosales venga de allí. Quizá tam-

bién si esa tendencia a las ciencias exactas, sea la herencia de esa gota de sangre. Lo demás es castellano, y las mejores cualidades del escritor deben buscarse allí. La frialdad de la estepa de Castilla la reemplazó la visión del suave paisaje y del ambiente chileno. La educación haría el prodigio de exaltar la fantasía en un término de justo equilibrio: nada de exaltaciones febriles. En esa alma castellana-vasca habrá una ponderada combinación de cualidades. Es fácil demostrarlo.

El cultivo de las letras no fué una necesidad imperiosa para Pérez Rosales. No se creyó nunca literato, escritor que debiera ganarse la vida con la pluma. Es un sentido instintivo el que lo lleva a escribir. Y si lo hace, siempre tendrá en mira un concepto realista, utilitario, de inmediato alcance social. En 1846, en compañía de Manuel Blanco Cuartín, Hermógenes de Irisarri y José Luis Borgoño, funda un periódico llamado *El Mosaico*. Concluirá sólo en la faena y luego transformará la empresa en un negocio más práctico, explotando la pasión que entonces se despertó en Santiago por el género dramático. Pero en el periódico no se habla de lo único que siempre ha interesado a los chilenos: la política. «Aquí viene como de molde el asegurar—se lee en el prospecto—que de todo tenemos intenciones de hablar, y que de todo podemos ocuparnos; pero que no hablaremos ni nos ocuparemos en manera alguna de la política nacional; por lo que desde luego y ante todas cosas ofrecemos un abrazo amistoso al *Mercurio*, al *Progreso*, al *Orden* y demás publicaciones periódicas, ministeriales o de la oposición.» En los *Recuerdos del Pasado*, al referirse a éstas sus andanzas y trajines por la prensa, llamará al semanario con el nombre de «periódico socarrón y festivo». Indudablemente lo era, y extremó la nota de la burla sangrienta cuando hubo de atacar la influencia de Sarmiento, López, Cejador y otros en nuestras letras. Esa influencia la estimaba entonces perniciosa y después no modificó en un ápice el concepto (2). El buen sentido de Pérez Rosales no podía entender las rebeldías de la escuela cuyana. Y siempre será lo mismo: nunca podrá comprender lo que hiere su noción de la realidad. Jamás, porque es un escéptico y un burlón, se deformará en Pérez Rosales la visión, la proporción de las

(2) Son de un gran interés esas declaraciones, y aunque quisiéramos reproducirlas aquí, preferimos darlas a conocer en el capítulo siguiente al tratar del escritor.

cosas, el valor de los hechos, la perspicacia de la observación de conjunto. A la política no se sentirá arrastrado. Como la juventud culta de hoy, desengañada de las cábalas de los partidos políticos, procurará su independencia personal luchando con suerte varia, pero contraria a sus deseos, en cuanta clase de labores le sugiera su inventiva, para ser, comercialmente, un hombre libre. Querrá a toda costa deberse a su esfuerzo y gastará en labrarse una posición la más considerable energía. En esta ambición consumirá ese espíritu de empresa y de aventura que fué la característica más acentuada del chileno del siglo XIX. Energía sin límites, vanamente perdida, pero que moldea una psicología personal profundamente positiva, realista, sobre todo. También ese espíritu de empresa se consumirá sin resultado; desprenderá apenas enseñanzas para el común de las gentes. Si otras cualidades y otras oportunidades no le hubieran hecho reflotar de sus desastres, nos parecería hoy un fracasado. Un gran fracasado, que de no haber realizado otras acciones bajo la dirección de voluntades más poderosas que la suya, se habría olvidado con el tiempo. Se habría salvado para las letras, pero se habría perdido como hombre de acción de sus propias iniciativas. El mismo lo comprendió así: «Tan amigo de la vida independiente cuanto enemigo de todo lo que fuese someterme al obediente yugo de los destinos públicos—escribe en los días de su ancianidad,—creí, como creen en el día muchos jóvenes pobres, pero enamorados, que con sólo tomar un fundo rústico en arriendo, sin más recursos que dineros prestados a corto plazo, con tal que abundase el deseo de trabajar, bastaba para meter en casa, juntamente con la esposa, la dicha y la riqueza.» Fracasó en ese intento como en todos los que siguieron. Un sino cruel, sin embargo, lo empujaba a lo que más odiaba: el destino público. Cuando la ruina pareció asediarse en definitiva vino un amigo en su ayuda. Quien le ofrecía la mano había calado muy hondo en su espíritu y sabía lo que de Pérez Rosales podía obtenerse. Era Antonio Varas. «Le debo a él más que gratitud, la conservación de mi existencia y el haber podido ser útil en algo a mi país, siguiendo las sugerencias que Varas me dió y que yo serví con lealtad y honradez,»—escribirá un día.—Por su intermedio entré en relaciones con don Manuel Montt, un hombre ilustrado y más liberal que los liberales que le han atacado. Ambos me dieron que comer y me colo-

caron al frente de unos negocios que se avenían muy bien con mi espíritu aventurero y batallador (3).»

La lealtad a esos dos hombres llevó a Pérez Rosales a servir en el partido o en la combinación política que ellos representaban. Pero este acto suyo no es ni representa, por su parte, la entrega incondicional de quien ha recibido un favor. Se hace montt-varista o nacional por convencimiento de lo que ese bando representa en el mejoramiento material, moral e intelectual de Chile. En el fondo de Pérez Rosales había, sin duda, por tradición, un pelucón indiferente. Al romperse la unidad espiritual de ese gran partido al impulso de las reformas liberales de Montt y Varas, y, sobre todo, cuando estalla el conflicto entre la supremacía del estado laico sostenido por aquellos dos estadistas y la influencia avasalladora de la iglesia que quería Valdivieso sobre la nación, Pérez Rosales miró con indiferencia el conflicto. Se hallaba demasiado emancipado de cualquier doctrinarismo político o religioso, para que sintiera su importancia. Su buen sentido comprendió otra cosa. Vislumbró que al imponerse el regalismo de Montt y Varas,—terrible para el primero por la escisión que producía en el peluconismo y amargo también para sus sentimientos religiosos, e indiferente para el segundo en este último sentido porque era un libre pensador y al fin hacía triunfar una doctrina,—abría al país la posibilidad de un gobierno menos téfido de conservantismo religioso, de reacción clerical, y abierto a las sugerencias de progreso y de bienestar que el peluconismo recalcitrante no podía comprender por incapacidad cerebral, por la conformación vasca y testaruda de su espíritu. Es ese punto de vista práctico el que le lleva a clavar tienda en el montt-varismo. Y afiliado a ese círculo político, se le verá mirar con indiferencia la política y sumarse, con cuerpo y alma, a todas las iniciativas de orden práctico, real, positivo, que realice la administración que lo ha hecho funcionario. Jefe de la inmigración en el extranjero, cónsul, propagandista de su patria, Intendente en el sur, colonizador, en cuanta comisión desempeñe, el espíritu burocrático no entrará jamás en él; Pérez Rosales seguirá actuando como quien dirige empresas propias, organizando admirablemente—tenía en alto grado el sentido de la organización—los más difíciles encargos; no parecerá un empleado a sueldo ni un delegado de la admi-

(3) Carta de Pérez Rosales a Luis Montt, sin fecha.

guían el gracejo de pura cepa española, la verba chispeante. Sus contemporáneos le apodaron «el ingenioso Pérez». Pero aquí el concepto no se refería, como en otros casos, a la laboriosidad de su temperamento ni a su extraordinario poder organizador de empresas de que dió tantas muestras en las andanzas de su larga vida. Le llamaron así por el desenfado de su palabra, por lo brillante de sus expresiones, por la amable seducción que ejercía su lenguaje salpicado de *impromptus*. Sin embargo, racialmente, nada está más distante de Pérez Rosales que el alma andaluza. No tiene nada de ella. En su ascendencia se cuenta un cronista de las postrimerías del período colonial. José Pérez García—el abuelo paterno—autor de una *Historia general, natural, militar y sagrada del Reino de Chile*, era oriundo de la villa de Colindres, «situada a pocas leguas al oriente de Santander, y en el antiguo señorío de Vizcaya», escribe Barros Arana. Las brisas del mar embravecido de los cántabros más de una vez refrescaron su cabeza vasca, ordenada, laboriosa y tenazmente circunspecta. Y las aguas agitadas, convulsas, en lucha perenne con los grandes farellones costinos, no fueron capaces de despertar en aquel tipo de español sólidamente organizado, ni siquiera una emoción. Pocos hombres han escrito más mal en Chile que este Pérez García. Desprovisto de imaginación, sin el menor sentido del arte literario, sin brillo, sin color, sin ninguna expresión emotiva, no tiene el frescor primitivo, candoroso o apasionado, que muestran nuestros primeros cronistas. Un Góngora Marmolejo, por ejemplo. Su mérito es puramente erudito, documental, como fuente seria y concienzuda de investigador paciente, original.

Tal ascendiente de Pérez Rosales nos sirve, con todo, como un hilo, para anudar su vocación por las letras. Pero no nos dirá nada del colorido de la prosa del nieto, de la elegancia de su forma ni del ameno narrador que hay en él. La explicación de su carácter tampoco la encontraremos en sus otros antepasados, algunos vascos, otros castellanos. Los Larraín demostrarán cierto eugenismo político bastante desarrollado, un espíritu de familia fuerte y resistente, pero en ninguno afloró la vena intelectual de un modo notorio. Los Salas ya eran otra cosa. La persistencia de la sangre hebraica que había en ellos formó un cerebro lleno de capacidad intelectual, cuyo poder de asimilación es asombroso. Quizá el organizador que hay en Pérez Rosales venga de allí. Quizá tam-

bién si esa tendencia a las ciencias exactas, sea la herencia de esa gota de sangre. Lo demás es castellano, y las mejores cualidades del escritor deben buscarse allí. La frialdad de la estepa de Castilla la reemplazó la visión del suave paisaje y del ambiente chileno. La educación haría el prodigio de exaltar la fantasía en un término de justo equilibrio: nada de exaltaciones febriles. En esa alma castellana-vasca habrá una ponderada combinación de cualidades. Es fácil demostrarlo.

El cultivo de las letras no fué una necesidad imperiosa para Pérez Rosales. No se creyó nunca literato, escritor que debiera ganarse la vida con la pluma. Es un sentido instintivo el que lo lleva a escribir. Y si lo hace, siempre tendrá en mira un concepto realista, utilitario, de inmediato alcance social. En 1846, en compañía de Manuel Blanco Cuartín, Hermógenes de Irisarri y José Luis Borgoño, funda un periódico llamado *El Mosaico*. Concluirá sólo en la faena y luego transformará la empresa en un negocio más práctico, explotando la pasión que entonces se despertó en Santiago por el género dramático. Pero en el periódico no se habla de lo único que siempre ha interesado a los chilenos: la política. «Aquí viene como de molde el asegurar—se lee en el prospecto—que de todo tenemos intenciones de hablar, y que de todo podemos ocuparnos; pero que no hablaremos ni nos ocuparemos en manera alguna de la política nacional; por lo que desde luego y ante todas cosas ofrecemos un abrazo amistoso al *Mercurio*, al *Progreso*, al *Orden* y demás publicaciones periódicas, ministeriales o de la oposición.» En los *Recuerdos del Pasado*, al referirse a éstas sus andanzas y trajines por la prensa, llamará al semanario con el nombre de «periódico socarrón y festivo». Indudablemente lo era, y estremó la nota de la burla sangrienta cuando hubo de atacar la influencia de Sarmiento, López, Cejador y otros en nuestras letras. Esa influencia la estimaba entonces perniciosa y después no modificó en un ápice el concepto (2). El buen sentido de Pérez Rosales no podía entender las rebeldías de la escuela cuyana. Y siempre será lo mismo: nunca podrá comprender lo que hiere su noción de la realidad. Jamás, porque es un escéptico y un burlón, se deformará en Pérez Rosales la visión, la proporción de las

(2) Son de un gran interés esas declaraciones, y aunque quisiéramos reproducirlas aquí, preferimos darlas a conocer en el capítulo siguiente al tratar del escritor.

cosas, el valor de los hechos, la perspicacia de la observación de conjunto. A la política no se sentirá arrastrado. Como la juventud culta de hoy, desengañada de las cábalas de los partidos políticos, procurará su independencia personal luchando con suerte varia, pero contraria a sus deseos, en cuanto clase de labores le sugiera su inventiva, para ser; comercialmente, un hombre libre. Querrá a toda costa deberse a su esfuerzo y gastará en labrarse una posición la más considerable energía. En esta ambición consumirá ese espíritu de empresa y de aventura que fué la característica más acentuada del chileno del siglo XIX. Energía sin límites, vanamente perdida, pero que moldea una psicología personal profundamente positiva, realista, sobre todo. También ese espíritu de empresa se consumirá sin resultado; desprenderá apenas enseñanzas para el común de las gentes. Si otras cualidades y otras oportunidades no le hubieran hecho reflotar de sus desastres, nos parecería hoy un fracasado. Un gran fracasado, que de no haber realizado otras acciones bajo la dirección de voluntades más poderosas que la suya, se habría olvidado con el tiempo. Se habría salvado para las letras, pero se habría perdido como hombre de acción de sus propias iniciativas. El mismo lo comprendió así: «Tan amigo de la vida independiente cuanto enemigo de todo lo que fuese someterme al obediente yugo de los destinos públicos—escribe en los días de su ancianidad,—creí; como creen en el día muchos jóvenes pobres, pero enamorados, que con sólo tomar un fundo rústico en arriendo, sin más recursos que dineros prestados a corto plazo, con tal que abundase el deseo de trabajar, bastaba para meter en casa, juntamente con la esposa, la dicha y la riqueza.» Fracasó en ese intento como en todos los que siguieron. Un sino cruel, sin embargo, lo empujaba a lo que más odiaba: el destino público. Cuando la ruina pareció asediarse en definitiva vino un amigo en su ayuda. Quien le ofrecía la mano había calado muy hondo en su espíritu y sabía lo que de Pérez Rosales podía obtenerse. Era Antonio Varas. «Le debo a él más que gratitud, la conservación de mi existencia y el haber podido ser útil en algo a mi país, siguiendo las sugerencias que Varas me dió y que yo serví con lealtad y honradez,»—escribirá un día.—Por su intermedio entré en relaciones con don Manuel Montt, un hombre ilustrado y más liberal que los liberales que le han atacado. Ambos me dieron que comer y me colo-

caron al frente de unos negocios que se avenían muy bien con mi espíritu aventurero y batallador (3).»

La lealtad a esos dos hombres llevó a Pérez Rosales a servir en el partido o en la combinación política que ellos representaban. Pero este acto suyo no es ni representa, por su parte, la entrega incondicional de quien ha recibido un favor. Se hace montt-varista o nacional por convencimiento de lo que ese bando representa en el mejoramiento material, moral e intelectual de Chile. En el fondo de Pérez Rosales había, sin duda, por tradición, un pelucón indiferente. Al romperse la unidad espiritual de ese gran partido al impulso de las reformas liberales de Montt y Varas, y, sobre todo, cuando estalla el conflicto entre la supremacía del estado laico sostenido por aquellos dos estadistas y la influencia avasalladora de la iglesia que quería Valdivieso sobre la nación, Pérez Rosales miró con indiferencia el conflicto. Se hallaba demasiado emancipado de cualquier doctrinarismo político o religioso, para que sintiera su importancia. Su buen sentido comprendió otra cosa. Vislumbró que al imponerse el regalismo de Montt y Varas,—terrible para el primero por la escisión que producía en el peluconismo y amargo también para sus sentimientos religiosos, e indiferente para el segundo en este último sentido porque era un libre pensador y al fin hacía triunfar una doctrina,—abría al país la posibilidad de un gobierno menos teñido de conservantismo religioso, de reacción clerical, y abierto a las sugerencias de progreso y de bienestar que el peluconismo recalitrante no podía comprender por incapacidad cerebral, por la conformación vasca y testaruda de su espíritu. Es ese punto de vista práctico el que le lleva a clavar tienda en el montt-varismo. Y afiliado a ese círculo político, se le verá mirar con indiferencia la política y sumarse, con cuerpo y alma, a todas las iniciativas de orden práctico, real, positivo, que realice la administración que lo ha hecho funcionario. Jefe de la inmigración en el extranjero, cónsul, propagandista de su patria, Intendente en el sur, colonizador, en cuanta comisión desempeñe, el espíritu burocrático no entrará jamás en él; Pérez Rosales seguirá actuando como quien dirige empresas propias, organizando admirablemente—tenía en alto grado el sentido de la organización—los más difíciles encargos; no parecerá un empleado a sueldo ni un delegado de la admi-

(3) Carta de Pérez Rosales a Luis Montt, sin fecha.

nistración, por más que sea un virtuoso de la disciplina administrativa y simplifique la tramitación de los negocios que le están encargados, a resoluciones positivas, de efecto inmediato, de consumación rápida. En Pérez Rosales, como en todos los grandes administradores chilenos de ese siglo, hay tres cualidades que lo mueven con desinterés y lo hacen mirar como propia cualquiera de las gestiones que le son encomendadas. En primer lugar, el deseo de servir lealmente al gobierno. El que sirve al gobierno sirve al pueblo que representa, porque esa es la manera de ser patriota, y el patriotismo de los funcionarios, de los simples ciudadanos, significa la grandeza del país. En segundo lugar, la honradez. Honradez personal que se confunde con la administrativa. Debe haber decencia personal y funcionaria, moralidad privada tan sólida como la que requiere la de un delegado del Estado. La honradez de un representante de la administración no consiste en saber resguardar los dineros públicos. El que roba se infama con el acto infame. Es necesario que exista honradez en la palabra empeñada, porque es la de un caballero, en los actos, en los contratos, en cuanto signifique un compromiso. Y en tercer lugar debe haber concepto del espíritu público, rabia por el servicio público, deseo de obrar por el bien público. Ello implica el desaparecimiento personal del individuo, el sacrificio, la anulación de todo bienestar. Se sirve al estado porque él es símbolo que representa la nación, y hay orgullo en servir al Estado chileno y ser hijo de ese Estado pobre, honrado y patriota.

Decir que en Pérez Rosales coexistieran las tres características apuntadas del servidor público del siglo XIX, sería una vaciedad. Lo que hay que añadir es que tuvo otras cualidades que ya son propias de su genio personal. La inquietud fué una de ellas. La curiosidad fué otra. El sentido de las realidades, acaso la mejor. En un libro suyo, demasiado olvidado, pero donde hay valiosos atisbos para el estudio de la psicología nacional del siglo XIX, en el *Ensayo sobre Chile*, al pintar el carácter chileno ha hecho su propio retrato.

«El chileno—ha dicho allí—está dotado de un espíritu más bien reflexivo que brillante, salvo algunas excepciones»; ya contrapone con intuición maravillosa los dos elementos de nuestra sociabilidad, y sin decirlo, lo deja entender: el elemento vasco y el andaluz meridional; «le gusta pensar antes de responder,—continúa—y se deja raras veces sorprender y arrastrar por las ideas deslumbradoras cuyo alcance o conve-

niencia no puede apreciar (4).» Con ello, sin que fuera su caso, tocaba la pobreza de imaginación en el elemento vizcaíno. Luego dirá, haciendo honor a su patriotismo y al de los de su raza: «El conato que algunas familias respetables han puesto para recibir a los extranjeros llegados a Chile y colmarlos con muestras de su benevolencia, ha sido interpretado por algunos viajeros sin corazón y sin conciencia como un acto de familiaridad escandalosa. El exceso de amor por su patria hace olvidar muchas veces al chileno la razón y las consideraciones; no soportará jamás con sangre fría comparaciones desfavorables a su país, y esta afección sin límites es la que le hace a veces rechazar con verdaderas futilidades ciertas industrias extranjeras que servirían para mejorar su condición. Su valor, hecho proverbial, es el que da la convicción de su propia fuerza; pero la resistencia le vuelve feroz, ávido de matanza en el campo de batalla. Una vez lanzado en él, es difícil contenerlo, y la historia de los combates que los chilenos han dado desgraciadamente entre sí presenta a veces el horroroso ejemplo de la destrucción de la mitad de los combatientes.» Y el sentido de las realidades que brota tan fresco en Pérez Rosales, le lleva a decir, siempre refiriéndose a la psicología nacional, estas profundas palabras: «La generosidad chilena se muestra en todo, menos en los negocios comerciales. Un chileno botará mil pesos por satisfacer un capricho que no vale ciento, y tardará mucho en aventurar ciento en un negocio que puede producirle mil, sobre todo si el término del éxito de la empresa pasa de un año. Esta singular disposición de carácter explica suficientemente la no iniciación de los chilenos en una multitud de empresas que, no obstante sus ganancias probables, y aún podría decirse seguras, son miradas todavía como quimeras, porque su realización es más tardía.» Más adelante: «La timidez del chileno, o más bien su desconfianza en el resultado favorable de las nuevas operaciones mercantiles e industriales es tal, que no se dedicará sino con una gran dificultad a una especulación que no haya sido ensayada antes por otro. Estos son los rasgos salientes del carácter de los hombres; en cuanto a las mujeres, sobre las que la naturaleza ha distribuído todas las perfecciones materiales, pueden disfrutar en todas partes la corona de excelente madre y fiel esposa. Jamás una mujer

(4) Vicente Pérez Rosales: *Ensayo sobre Chile*. Traducido al español por Manuel Miquel. Santiago, 1859. Segunda Parte, Cap. V. pp. 224 y siguientes.

chilena, cualquiera que sea su rango, envía a educar a sus hijos lejos de su vista y se ven a cada instante señoras que renuncian a la sociedad de las que ellas forman el más bello adorno, y abandonan los atractivos de las ciudades, de la comodidad y del lujo en los que han sido educados, para vivir un gran número de años en rincón solitario de algún campo lejano a fin de conservar a sus hijos un bienestar de que ellas no se atreven a gozar.» El cuadro es exacto, pero está desteñido de color. He aquí otro, sin embargo, que nos vuelve al Chile patriarcal de nuestras abuelas lejanas. «La mujer chilena se casa muy joven, dice. No es raro encontrar entre nosotros mujeres de 31 años que son abuelas y distribuyen al mismo tiempo sus caricias entre sus recién nacidos y los hijos de sus hijas. Su fecundidad es no sólo precoz; continúa, término medio, hasta la edad de 38 años en las ciudades y hasta 40 años en los campos. Es un hecho muy común ver a una madre hacer sentar doce hijos a su mesa, sin contar que algunas veces ha perdido muchos por muerte o por partos fuera de tiempo. Los hijos educados en las ciudades principales no son una carga sino para los padres indigentes o para aquellos que no poseyendo sino una modesta fortuna, son obligados, sin embargo, por consideración, por sus lazos de familia, a sostener un rango muy dispendioso para sus recursos. Los que son educados en las aldeas y en los campos de las provincias centrales comienzan desde muy temprano a prestar servicios útiles a sus parientes y en las provincias meridionales son considerados como una verdadera riqueza (5).»

Casi hemos llegado a la confusión con las citas precedentes. Al hablar del buen sentido de Pérez Rosales, como una de sus condiciones distintivas, hemos entrado, sin quererlo, en el psicólogo. No importa. El buen sentido, el concepto claro de la realidad, la percepción nítida de un hecho material o espiritual, ¿no significa ya un gran poder de observación? Si esta virtud de su inteligencia es la que más llama la atención, hay todavía otra que supera a todas las demás y que condensa, por decirlo así, las cualidades esenciales del alma del chileno del siglo XIX. Es el espíritu de empresa y de aventura. El chileno lo tuvo en alto grado. Hijo de un país pobre, misérrimo, debía sólo su esfuerzo continuado y tenaz darle una ganancia mezquina. La agricultura, mal cultivada todavía, rendía a

(5) Pérez Rosales, obra citada.

medias sus riquezas; la minería, en ciernes, sujeta a métodos primitivos, rara vez otorgaba los favores soñados. La industria, el comercio, no daban con creces, al final, lo que había importado el sacrificio de una vida. En pleno siglo XIX la frase del conquistador era todavía un evangelio. «Hay que trabajarlo todo en esta tierra», decía. «La tierra no se rinde al hombre, ella lo rinde cuando comienza a dar, veleidosa, sus mercedes». El serrano se hizo por eso duro en el trabajo. Sabía que si su mano y su esfuerzo no ayudaban a despejar la montaña de las acechanzas de la naturaleza, su porvenir sería ingrato. El labriego del valle no contempló nunca confiado el campo de oro de sus espigas. Temía las lluvias importunas, las heladas que mataban el corazón de las yemas, las avenidas turbulentas del río chileno que arrasaban de cuajo con los mejores plantíos. El minero fué más desconfiado todavía: la veta era esquiva como el querer de una mujer mundana. Este rehacer continuo de la vida para subsistir con mediana holganza, desarrolla en el chileno del siglo XIX el espíritu de empresa. Son las mismas alternativas de la lucha, sin embargo, las que lo hacen inconstante. De iniciativa en iniciativa, de fracaso en fracaso, sin calor muy hondo en las posibilidades, no hay empresa que no haya intentado. No hay, sin duda, una relación entre esta voluntad movедiza y cambiante y la empresa que acomete. Pero así se hizo en parte la grandeza de Chile. «Allá en el fondo del alma, adormecida, pero aún no extinguida, queda mucha de la iniciativa aventurera de nuestros antepasados. No nos arredran las distancias ni los peligros. Ninguna empresa nos parece inaccesible. En cada chileno hay algo del carácter atrevido, emprendedor e inquieto de Pérez Rosales, agricultor en Boldamávida, fabricante de aguardiente en Colchagua, comerciante, médico yerbatero, pintor de decoraciones teatrales, once años contrabandista a través de las pampas argentinas y de los boquetes de los Andes, minero en Copiapó, buscador de oro en California, escritor, y agente de la colonización alemana en el sur (6).»

Y todo eso lo ha sido para probar alegremente cuando ha consumido la más considerable energía nerviosa, la bondad del precepto: ¡No desmayes! Con un pie en el sepulcro escribiré: «La mala suerte no es eterna, y porque así como el

(6) Francisco A. Encina: *Nuestra inferioridad económica. Sus causas, sus consecuencias*. Santiago, 1912. Cap. IV., p. 80.

hombre a impulsos de su adversa estrella puede descender de serena altura hasta la humilde condición de criado, puede también, con la ayuda de la constancia, de la honradez y del trabajo, elevarse después hasta ocupar en el festín de los reyes un codiciado asiento (7).»

No hay duda. *Los Recuerdos del Pasado* han sido la base de la gloria literaria de Pérez Rosales. El carácter de memorias de ese libro fué siempre grato al espíritu tradicional chileno. El sino ha querido que la admiración por las edades pretéritas forme la más sólida de las virtudes nacionales. Sentimos el pasado inconscientemente. Mucho más fuerte y enraizado ese sentimiento que cualquier otro, sintiéndose incómodo en el mundo de las ideas especulativas, busca en la contemplación del recuerdo, lo que la imaginación le niega al remontar el vuelo. Así nació la literatura histórica (1). Y por este curioso fenómeno de nuestro temperamento, las páginas del libro de Pérez Rosales han corrido, devorándolas, los ojos de hombres jóvenes y viejos. Ha despertado en todos ellos la misma sensación que nos inspira, aún en nuestro tiempo preñado de nuevas sugerencias, la visión inerte de la historia. Ella habló muy fuerte a nuestro patriotismo y mucho más, cuando ha sido incapaz de interpretar el devenir. Por la misma razón, por el halago inconciente que produjo al orgullo de una viril ciudadanía labrada a golpes de incruentos sacrificios, los *Recuerdos de treinta años* de José Zapiola conservan su frescura de alborada. No es el mérito intrínsecamente literario del libro lo que vale, lo que le ha dado supervivencia: es su tono amable de reminiscencias de otro tiempo que con tanta fuerza hablan al corazón del chileno. Y aún podría asegurarse que son estos mismos sentimientos los que en un futuro no lejano darán larga vida, al no disociarse el alma nacional, a las *Memorias de cincuenta años* de Ramón Subercaseaux (2). Pero en los

(7) Pérez Rosales, *Recuerdos del Pasado*. Edición de la Biblioteca de Escritores de Chile. Cap. XVI, pp. 302.

(1) Véase desarrollado este punto en nuestro libro *Las obras de Vicuña Mackenna*. Santiago, 1932, pp. 32-33.

(2) Dos de los libros de Emilio Rodríguez Mendoza, *Como si fuera ayer* y *Como si fuera hoy* tendrán en el porvenir ese destino. Destino incierto en el día y en el mañana, por las variantes profundas del alma nacional cuyo patriotismo decrece, rápidamente, pero si la crisis fuera momentánea y el sentimiento tradicional del chileno se contuviese en su descenso, no hay duda que esas dos obras serán la mejor interpretación de nuestro presente cuando él se haya convertido en el pasado. Literariamente, sin embargo, quedarán.

Recuerdos del Pasado hay algo más duradero que en aquellos otros libros. El común de las gentes no ha reparado tanto en la admirable factura de la obra, en su estilo purísimo y brillante, en su lenguaje de verdadera raigambre castellana y en su acertada composición, como en otras condiciones que la hieren mucho más vivamente. Esas apariencias externas, por así decirlo, han sido secundarias. Ha visto representada en las páginas de Pérez Rosales la condensación de las cualidades y defectos de la raza; ha creído, y con razón, que allí están pintados con suprema originalidad los rasgos esenciales del pueblo.

La sugestión patriótica en la literatura es un fenómeno demasiado común del que Chile no ha escapado. En un plano de igual popularidad que los *Recuerdos del Pasado* y que ha encendido ardientemente el espíritu nacional puede citarse *Raza Chilena* del Dr. Nicolás Palacios. Ese libro, que ha contribuído más que ninguno otro a envenenar y enmarañar nuestro concepto racial y que científicamente carece de todo valor, sugestionó en sus días, y aún ahora, el orgullo nacional. El alma colectiva vió en sus páginas exaltado, hasta el delirio, el patriotismo. Encontró su espejo, uno de esos espejos que deforman la visión. Sintióse dibujada por mano maestra y vió glorificados sus vicios y defectos. Halagó el instinto ya un poco envanecido de la raza después de la guerra del Pacífico, cuando precisamente sus mejores condiciones morales comenzaban a lisiarse. El orgullo, el patriotismo, la *chilenidad* que entonces no era sino la vida que quedaba de otros tiempos, tomaron en la obra de Palacios proporciones de epopeya. Tampoco se reparó entonces ni se ha reparado después, por el común de los lectores, sobre el valor literario de *Raza Chilena*. Bastaba que cumplierse su propósito de dignificar. Y si es cierto que en ella hay trozos de un valor permanente, eso ha sido lo que menos ha llamado la atención.

En el sentido inverso al del elogio se percibe mejor cómo reacciona, violento, el patriotismo cuando no siente el suave arrullo del halago. Ha levantado entonces barreras de silencio. Ha execrado al insolente que le ha indicado las podredumbres del alma. ¿Vale la pena recordar el caso de Alejandro Venegas? Aquel célebre escritor que firmaba con el pseudónimo de Valdés Canje, autor de *Sinceridad*, uno de los libros más sugestivos de crítica que se hayan publicado en Chile, mereció el oprobio y el desprecio por demostrar nuestras lacras sociales y los males que incuraban la raza. Su caso es mucho más inte-

resante por la cercanía que tiene con nosotros. Escribía cuando el concepto del patriotismo iba en notable decadencia. En 1912 ya el alma nacional había dejado las formas de otrora, la que dibujó el año 1839, 1850, 1866, 1879 y 1891. Era una alma casi en disgregación de sentimientos. Abatida por la prédica social. Desilusionada por las concupiscencias políticas. Barrenada por los intereses que enlodaban la honradez. Se movía en la incertidumbre y el desconsuelo. La vida ya no podía percibirse. Y sin embargo, tuvo fuerzas para humillar al audaz que le mostraba brutalmente descarnadas, las llagas que la podrían. Pero el rechazo no era viril, ni significaba la exaltación momentánea del patriotismo que de la glorificación había caído en el cieno, para hacer, al levantarse, la promesa de una ventura mejor. Era el silencio que deja el horror al cortar el hálito de la respiración cuando bruscamente se vé la intensidad de la catástrofe. Venegas, por describirla, la sintió en carne propia, y su vida marcó un rumbo de oscuridad.

En los *Recuerdos del Pasado* la censura de los vicios nacionales es como un sí no es de reproches. El patriota que hay en Pérez Rosales apenas los ha dejado entrever, y cuando lo ha hecho ha sido como una ligerilla observación. Pero este libro complacerá siempre por otra causa. Vicuña Mackenna, con su intuición genial, fué el primero en comprenderla. No queremos perder sus palabras. En el prólogo que escribió para la primera edición, dijo allí, refiriéndose a ese libro: «el presente se halla sin duda destinado a echar hondas raíces en el suelo, a vivir lozano, a dar grata sombra de solaz durante largas horas a más de un espíritu cansado de las luchas de la vida.» Y por su parte el mismo Pérez Rosales hablando en la introducción de sus memorias en un sentido diferente al de Vicuña Mackenna, pero con el mismo fin había dicho: «No encontrarán mis amigos en este opúsculo ni acontecimientos completos en igualdad en el estilo en que se narran, porque en el viaje de la vida, los hechos presenciales sólo pueden tener la hilación de continuidad que la fecha en que ocurrieron les asigna; ni tampoco puede haber estilo igual y sostenido, porque entre lo serio y lo ridículo, entre el llanto y la alegría a que están sometidos los humanos acontecimientos, no cabe muchas veces transición.»

Decía Vicuña Mackenna después: «Los *Recuerdos del Pasado* son desde luego una gran novedad, casi una revolución en los hábitos de nuestra existencia social y literaria. Los chi-

lenos por cuna y por inclinación—añadía—por hábito de comodidad y por bien entendida conveniencia, por nacimiento y por «nación», como suele decirse entre nosotros, son silenciosos y reticentes. Viven como los cartujos, con el dedo puesto en los labios; y así hacen en silencio su carrera hacia la cima, al punto de que muchos con sólo ser callados han subido al pináculo de la fama y del poder; y de esta manera pasan a la posteridad si no como genios, como mitos. Es ésto una peculiaridad tan antigua de nuestra tierra—continuaba diciendo el prologoísta—como el palqui y de tal manera hállase arraigada en el eriazó, que mientras entre nuestros vecinos, cordillera de por medio, por ejemplo, se ha considerado casi como un deber de altos puestos disfrutados, de las misiones desempeñadas, de la labor cumplida, dirigir la palabra por vía de enseñanza o expiación a las generaciones venideras; entre nosotros el mayor cuidado de los hombres públicos y aún de sus familias, albaceas y herederos es de rodear su tumba de misterios para labrar aún más hondamente la veneración y el culto póstumo en el ánimo de las muchedumbres.»

Iba enseguida el escritor a la explicación de nuestro silencio. La ausencia de memorias, que de un modo tan especial caracterizan la literatura chilena, acaso por aquéllo de que ellos representan, como dijera un psicólogo, una actitud falsa ante el porvenir, merecía a Vicuña Mackenna una rápida comparación. «Por ese camino,—escribía—y mientras en la República Argentina, sin ir más lejos, porque su raya divisoria está a tiro de piedra de la nuestra, han hablado en vida de sus contemporáneos la mayor parte de sus generales y caudillos, desde Rondeau a Paz, desde Iriarte a César Díaz, desde Guido al general Espejo, que aunque vive y octogenario escribe, entre nosotros, formando el más singular y acabado contraste, no ha existido uno solo que haya querido dejar el rastro de su existencia para que los que vengan en pos marchen por él, pisándolo pero aprendiéndolo. Aún el gaucho de Madrid, que no fué sino un heroico payador de la Pampa ha, dejado del otro lado sus *Memorias* y de Rozas mismo dícese que se ocupaba en su vejez solitaria y maldita, no obstante su aversión natural a ese ejercicio, en recorrer sus archivos, en su quinta de Southampton, a la manera del tigre envejecido que en lo oscuro de la caverna repasa el osario acumulado de sus presas.»

Se refería después a los *Recuerdos de Pasado* y decía: «Ahora bien; el autor del presente libro inicia una nueva era

para las letras nacionales; y siendo un escritor gallardo, ameno, festivo y eternamente risueño, deja dibujado en nuestros anales lo que podría llamarse la literatura póstuma, la portada de los libros de ultratumba, que son de suyo siempre melancólicos. Y si el libro del señor Pérez Rosales no tuviese sino este sólo mérito, sería éste suficiente a nuestro juicio, para asegurarle benévola y cariñosa acogida entre sus compatriotas. Moral y personalmente, los *Recuerdos del Pasado* son una obra de rara valentía y una verdadera hazaña literaria. Pero el vívido e interesante trabajo a que consagramos esta leve página de introducción y de justicia, calcada sobre la rápida lectura de unas cuantas hojas de prueba, no es sólo una revelación para el futuro, es un acontecimiento de actualidad, porque ella pone en transparencia no sólo un atrevido innovador que, como Horacio, corrige y enseña, riéndose de los otros y no pocas veces de sí mismo; sino que cada uno de sus párrafos traiciona a un escritor y un escritor verdadero, elegante, fluido, ameno, fácil, de buena escuela, (la escuela de Moratín y de Salvá), pero al mismo tiempo libre, desligado de fastidiosas trabas, sin pretensiones ni de vanidad ni de sabiduría, y que por lo mismo se hace leer con el encanto peculiar de los ingenios naturales. Como Bernal Díaz, el soldado de México, Pérez Rosales ha escrito en el último término de su vida un libro criollo y nacional que vivirá como los de don José Joaquín Vallejo, en todos los estantes de su ciudad natal, pero que en oposición al último y a semejanza del primero de los ingenios que acabamos de citar, su autor no sospechó siquiera que su creación sería impeccedera.»

La lozanía del espíritu de Pérez Rosales a una edad avanzadísima es, en realidad, cosa sorprendente. Pero los recuerdos no fueron escritos al borde de la tumba como pudiera creerse. Estaban redactados a grandes retazos mucho antes de 1882. La mitad de la obra, la estructura, lo que podría llamarse su arquitectura corresponde a esa fecha y tal vez a una anterior. Por eso Vicuña Mackenna se admiraba de la frescura de este ingenio y por ello decía: «Asombra, en efecto, que un hombre de la facilidad y galanura natural del escritor que seguimos, haya vivido (si no es indiscreción) más de setenta años, sin que él mismo sospechase que era en su género de primera nota y que sólo en edad proveyta y cansada, a la manera del cisne, haya querido darnos a conocer en toda su plenitud juvenil, la virilidad y gracia de su estilo, la rapidez brillante de su for-

ma, la sencilla amenidad de su relación, junto con la variedad infinita de los cuadros sociales o de aventuras que traza desde que, siendo púber, rodó en castigo los mares, hasta que, siendo prócer, cogió del ocio la péñola del maestro y dió vida y luz al libro que tenemos a la vista (3).»

Desde su juventud había escrito. Lo llevaba a ello una fuerza irresistible. Pero nunca se creyó del gremio ni compartió con los escritores de profesión en los cenáculos, en las academias ni en las sociedades, la camaradería literaria. Pasó siempre fugaz. Ha recordado Pérez Rosales en su libro los primeros ensayos que escribiera y ellos datan de 1825 a 1828. Estaba entonces en París y tenía dieciocho años. Su maestro, el severo Moratín, cada vez que le recibía sus composiciones, después de colocarlas en un sobre, que lacraba, le decía:

—Te prohíbo que corrijas el borrador de este escrito. Dentro de seis meses volverás a leerle y tú mismo parecer entonces será lo que es ahora el mío.

Eso ocurrió en tres ocasiones. Sobre qué versaban los primeros borradores del gran escritor? ¿Qué decían esas seis primeras líneas? «Cometí el error—dirá espontáneamente con mi confidente—de hacer versos y versos malos, llevado por la corriente del romanticismo de mi tiempo, que a todos los muchachos nos había vuelto locos. Hice odas, epitalamios, quintillas y hasta fáciles y sonoras octavas. Moratín, que en materia de versos y de métrica era la exigencia misma, mirábame con la más triste compasión; pero sabía disimular su íntimo desagrado cuando hacíame guardar mis pobres borradores. Pasada la temporada de los versos, hice prosa en estilo cervantesco, y dime a imitar los escritores del siglo de oro. Nada publiqué en Europa en aquel tiempo y en Chile, después de mi llegada, tampoco. Caí, sí, en el pecado mortal de hacer versos, los que prodigué a mi llegada en los álbumes de las damas, las niñas ojerosas de mi tiempo (4).»

De 1830 son esas endechas. Y el joven que las escribía en las perfumadas páginas de los álbumes de las niñas santiaguinas, de cutis sonrosado como las manzanas al despuntar la madurez y ojerosas por el insomnio de un amor infeliz, seducía a las doncellas por «aquella injustificable suficiencia

(3) Vicuña Mackenna, prólogo a la primera edición de los *Recuerdos del Pasado*. Lo reproducimos íntegro en las págs. 26 y siguientes de este estudio.

(4) Carta de Pérez Rosales ya citada.

que ostentamos siempre los recién llegados de por allá, metiendo en todo *ex cathedra* la mano...» «Y no sin causa,—escribirá el mismo Pérez Rosales—porque entonces todo recién llegado del mágico París, a más del necio orgullo que ostentan los que ahora llegan, contábamos con los atractivos que da la moda al corte de un vestido, con la grata sorpresa de aquél que oye hablar en francés a un *pehuénche* y con un caudal de portentosas descripciones, de chistosos galicismos, de muy variados y siempre elegantes nudos de corbata y de no pocos nuevos pasos que agregar al baile de las cuadrillas. Teníamos, en fin, para muchas nímás y para no pocos bobos, todos los encantos de los trajes de moda recién desencajonados (5).»

De poca duración fueron estos éxitos mundanos para Pérez Rosales. Antes de mucho, no pasaron dos años, debía habérselas a cara descubierta con su verdadera situación: la pobreza. Y como en él el orgullo fuera una norma y el deseo de labrarse una situación personal un deber que lo excluyera de buscar en los puestos públicos un mediano bien pasar, para no deberse a nadie sino a su propia voluntad, con buena o mala fortuna, entregóse al destino de su aventurera vida. Cambió el correcto frac de origen parisino, los elegantes nudos de corbata, las zapatillas acharoladas, los guantes de previl, el sombrero de alta y relumbrante copa y el bastón de caña de la India, por los modestos arreos de la huasería. Había pasado fugazmente el tiempo de sus triunfos sociales; como la moda cambia siempre por mucha bulla que ella haya metido al principio—nos confiesa en sus memorias—sucedió que pasado de moda el petimetre, con la contestación a “la terrible pregunta «¿cuánto tiene?»”, nadie volvió a acordarse más de él. Vióse, pues, precisado el desvalido dandy, a los dos años del más deleitoso *far niente*, a buscar medios más sólidos de enterar la vida... «Comencé por pagar a la *huasería* el forzoso tributo que siempre paga el novel campesino que endosa poncho por la primera vez. Buenos caballos, estrafalarias monturas, crueles rodajones, machete, lazo, *pegual*, maneas, *copas de alegría* y *guampar*, con ribete de plata en las alforjas; olvidé el idioma de Cervantes por la jerga provinciana; rivalicé con los más poderosos jinetes en el manejo del caballo y del lazo, madrugué antes que el lucero; trabajé como trabajan los machos de

(5) *Recuerdos del Pasado*. Edición de la Biblioteca de Escritores de Chile. Cap. VIII, pp. X.

carga; me lloví; me asoleé; dormí en el suelo; y al cabo de dos años, por fruto de tanto afán, salió el afrancesado dándose a santo, con sólo lo encapillado y con dos años más a costas (6).»

De la derrota surgió el escritor. Y el caso de Pérez Rosales no es único en Chile en el mismo y hasta en inverso sentido. Cuando Lastarria, cansado de luchar por las letras y por sus principios políticos, se hace minero, se encuentra en idéntica situación que el autor de los *Recuerdos del Pasado*. Hay, sin embargo, una diferencia: el maestro de la generación de 1842 ha perdido la fe, momentáneamente, en el poder de su pluma; considera inútil escribir en la arena. Pérez Rosales, en cambio, se hará escritor a pesar de que sepa que las letras son el camino del hambre. Parecido al caso de Lastarria es el de otro hombre de pensamiento que hoy casi nadie recuerda. Es un pariente cercano de Pérez Rosales, Juan Enrique Ramírez (7), escritor de mérito, con una educación clásica perfecta, formado en la escuela de los maestros de Edimburgo y más tarde bajo la dirección de Silvela y Moratín. Periodista, en la polémica demostró las más altas condiciones del género y aún cuando habría llegado a señalar en el cultivo de las letras nacionales un nombre egregio, concluyó desengañándose de ellas por lo inculto del ambiente para transformarse en industrial. A Santa María, en quien había la médula de un escritor verdadero, le ocurrió lo propio. «Las letras no sirven para nada en mi país», dijo en un momento de amargura. «Se escribe para un grupo». Y Jotabeche pensará lo mismo. Botará la péñola para cambiarla por el machete del minero.

En Pérez Rosales la reacción se produce en una forma distinta. Ha pasado de médico yerbatero, para lo cual se sentía inclinado por su afición a las ciencias naturales, a la profesión de tendero. Y he aquí cómo surge el escritor. Oigámosle. «El oficio del mostrador me hizo hojear libros; los libros medio renovaron en mi alma mi antiguo amor a las letras; y como no cabe enamorado de las letras sin garabato, ni hay garabato de esta calaña que no vaya al fin y al cabo a rematar a la imprenta para pasar de allí a servir de envoltorio de drogas en las boticas, sucedió que, atribuyendo mis malas andanzas a los errados de mi vocación, me sugirió el mal genio que me

(6) *Recuerdos*, ya citados, cap. VIII, pp. 133.

(7) Consúltese el notable artículo de Manuel Blanco Cuartín, intitulado *Un literato desconocido*, que aparece publicado en *Artículos Escogidos* de este autor, vol. XI de la Biblioteca de Escritores de Chile, pp. 647 y siguientes.

perseguía la tonta idea de emprender la regeneración de mi escuálido bolsillo por el florido camino de las letras, y sin más esperar me metí a escritor público.

«Para dar a mis primeros ensayos crédito y nombradía, quise echarla, como lo hacen los médicos, de hombre más ocupado del bien ajeno que del propio, y remití a un diario santiaguense, de alguna fama entonces, un tremendo artículo, en el que se probaba hasta la evidencia que un cura campesino, de cuyo nombre no quiero acordarme, en vez de dar ejemplo a su grey de pureza y de honradez, estaba falsificando la firma del prelado para los efectos de cobrar mayores derechos que aquéllos que designaba la tarifa parroquial.

«Esperaba yo contento, tras mi molesto comprador, el título de *repórter*, o por lo menos, aplausos que me lo hiciesen merecer, cuando me llegó la noticia de que mi artículo había sido acusado, y pocos días después la de mi condena en primer grado, la cual me imponía una multa superior a mis escasas fuerzas. En vano me trasladé a Santiago, llevando por tardía justificación de cuanto había escrito contra el cura, un cascarón de la pared de la iglesia del curato en el cual estaba pegada la malhadada tarifa falsificada. El modesto y pundonoroso prelado, mi buen tío don Manuel Vicuña, cuya memoria venero a pesar de esto, oída mi doliente exposición, se contentó con apartar de su vista, con horror el raro documento que yo le presentaba, y con despedirme diciéndome:

«Hijo mío, no me pesan a mi tanto mis pecados, cuanto me pesa el que te hayan enviado a educar a Francia.

«No hubo más que replicar; pagué, callé y me fuí con la música a otra parte.

«¿Qué me quedaba que hacer (8)?»

De 1835—a lo que parece—es este primer ensayo de escritor público de Pérez Rosales. El segundo es muy posterior. Corresponde al año de 1844. En ese tiempo asoló a los campos del sur del país, desde la zona central, una plaga siniestra, una invasión de langostas, que extendiéndose como una mancha de aceite, produjo en los sembrados cuantiosas pérdidas. «Los agricultores de Maipo y de Santiago,—comenta Pérez Rosales—que como los de otras provincias poco se fijan en averiguar la causa de estos fenómenos sino cuando tienen la calamidad a cuestas, y que entonces era, como lo es ahora, costumbre

(8) *Recuerdos*, ya citados, cap. VIII, pp. 136 y 137.

de esperararlo todo del Gobierno, elevaron hacia él sus sentidos clamores. El Gobierno que siempre sabe menos que los agricultores cuanto a la agricultura atañe, por complacerles consultó a la Sociedad de Agricultura, que debía saber más que todos juntos sobre las medidas que debieran adaptarse para la extirpación de aquella plaga egipciaca.

«La docta corporación interpelada, pareciéndole desdoloroso dar a entender que sabía tanto en esto de langostas como el Gobierno en aquello de agricultura, acordó después de seria meditación aconsejar la medida salvadora de apacentar grandes tropas de pavos sobre los campos infestados, y para precaver robos, la creación de una policía guarda-pavos, que pusiese a estos útiles obreros a cubierto de raptos y de pavidas.

«Este acuerdo, que no se si llamar plagio o imitación del remedio portugués contra las pulgas, y los desatinados medios de tirar a sacar oro de todas partes, que tan alborotados traían (entonces) a todos los caletres, pusieron por segunda vez la pluma en mi mano, y a riesgo de que me pasase lo que me pasó la primera vez que me metí a escritor, critiqué con las armas del ridículo, ya la manía incurable de creer que el oro iba a abaratar a impulso del numen creador de un descarado charlatán, ya el temor de que se amengüe el talento en el momento mismo que más se enaltece, confesando modesto que no sabe lo que efectivamente ignora.

«Por fortuna, como siempre en Chile se lee corriendo lo que despacio se escribe, nadie me hizo caso, y yo, para evitar nuevas tentaciones, torné diligente del buen Santiago a mi desierto Teno.»

Tales fueron, contados por el mismo Pérez Rosales, los comienzos de su carrera de escritor.